

LA HISTORIA VIVIDA

José CERVERA PERY
General Auditor (R)

El viaje de Alfonso XIII en el *Juan Sebastián de Elcano*

Al final de enero de 1928, octogenario pero siempre joven, el buque escuela *Juan Sebastián de Elcano* prosigue sus cruceros anuales, consciente del valor de su misión docente. Por millones se cuentan las millas recorridas en sus prolongados viajes de instrucción, y su blanca silueta ha surcado todos los mares y océanos. Es una historia vivida y permanente plena de aconteceres y de encuentros.

El rey don Alfonso XIII, tan entusiasta de las cosas del mar, embarcó en el velero en su viaje inaugural, corto en tiempo y espacio pero largo en emociones compartidas. Las crónicas publicadas en los distintos periódicos de la época (entonces no había emisoras de radio ni canales de televisión) han servido de base para la redacción de esta verdadera historia vivida por el primero de los españoles.

Don Alfonso se trasladó de Sevilla a Cádiz para embarcar en este puerto en el velero, que cumplió en su viaje inaugural hasta Málaga una feliz travesía. En ambas ciudades recibió calurosos testimonios de adhesión. A su paso por San Fernando, la ciudad aparecía engalanada y el alcalde le dio la bienvenida en nombre de ella. Pero Cádiz tributó al monarca un recibimiento triunfal, y en su recorrido hasta el muelle, mientras repicaban las campanas de las iglesias, las sirenas de los buques empavesados se sumaban a las manifestaciones de entusiasmo.

Después de ser cumplimentado por las autoridades presentes en el embarcadero y de revistar la compañía del Regimiento de Cádiz que le tributó los honores reglamentarios, don Alfonso subió a bordo del *Juan Sebastián de Elcano*, en el que fue izado el pendón real. La dotación, formada en cubierta, fue también revistada por el rey, quien después de recorrer todas las dependencias del buque presenció desde el puente la maniobra de desatraque. El *Elcano* cambió de fondeadero, quedando en la entrada del canal, mientras el monarca, con el uniforme de capitán general de la Armada, saludaba expresivamente desde la cubierta a la multitud, que no cesaba de aclamarle.

Cuando se recibieron noticias de haber mejorado el temporal en el Estrecho, el barco salió con rumbo a Málaga haciendo uso del motor hasta alta mar, donde se alternó este sistema de propulsión con el de vela. Sobre el puente iba el rey, quien tomó el mando del buque acompañado del comandante del mismo. La batería de San Felipe disparó las salvas reglamentarias y todos los barcos del

puerto repitieron sus toques de sirenas; y la flota pesquera se situó en forma de calle, atravesándola el *Elcano*, que iba escoltado por el cañonero *Bonifaz* y el remolcador de guerra *Ferrolano*. Al cruzar el bergantín la bahía, los buques extranjeros también arriaron sus banderas, en señal de respeto a la regia presencia.

La travesía discurrió sin el menor incidente, acreditando una vez más la pericia de nuestros marinos. En el transcurso de la misma, y antes de ponerse en marcha el velero, se recibieron en el Ministerio de Marina los siguientes telegramas. «Día 18. Su Majestad el Rey, al ministro de Marina: *He embarcado en el Elcano. Estoy fondeado en bahía. Mañana si amaina el tiempo me haré a la mar. Saludos. Alfonso.* Día 19 a las 8:15. Del comandante del *Juan Sebastián de Elcano* al ministro de Marina: *Salgo a la mar rumbo al Estrecho con Su Majestad que sigue a bordo sin novedad*».

«Del *Elcano*, en la mar. Día 20 a las doce tarde. Comandante del *Elcano* al ministro de Marina: *Situado al mediodía al sureste de Málaga a veinte millas navegando a la vela con tiempo inmejorable y sin novedad a bordo. S.M. el Rey continúa muy complacido*».

Durante la travesía del buque escuela, el alcalde de Málaga dirigió al mayordomo mayor de Palacio un radiograma concebido en estos términos: «Ruego eleve a S.M. el Rey el testimonio que, como alcalde de esta ciudad expreso en nombre de ella y en el mío propio, la satisfacción de saberlo rumbo a este puerto, con el deseo de feliz término viaje y reiteración leal adhesión a su augusta persona».

Poco después, el alcalde recibía contestación al radiograma: «S.M. el Rey agradece sinceramente amable saludo que le dirige en nombre de esa ciudad y en el suyo propio, a los que corresponde muy satisfecho desembarcar en ese puerto. Calculo llegaremos entre cuatro y cinco tarde. Miranda».

Efectivamente a las cuatro y media de la tarde del día 20 entró en el puerto de Málaga el *Juan Sebastián de Elcano*, dirigiéndose al muelle de Cánovas, y allí se situó frente al embarcadero. Todos los vapores del puerto se hallaban empavesados y en el muelle se congregaban las autoridades y un numeroso público que vitoreaba al monarca, quien al saltar a tierra fue cumplimentado y saludado por las autoridades y el Ayuntamiento en pleno. Su Majestad montó en el automóvil del alcalde acompañado del duque de Miranda, siendo escoltado el coche por una sección de guardias municipales a caballo.

Don Alfonso se dirigió al hotel Príncipe de Asturias, y seguidamente cumplimentó a la princesa de Battemberg, su madre política, la cual salió al día siguiente para Algeciras con objeto de embarcar en Gibraltar rumbo a su país.

Por su parte, el monarca permaneció en Málaga igualmente hasta el día 21, en que emprendió en automóvil su regreso a Sevilla, siendo entusiastamente despedido por toda la población. Una vez llegado a la urbe hispalense, y dando muestra de la asombrosa diligencia que le distinguía, visitó los contratorpederos italianos *Pentera* y *Nicetera*, anclados en el canal de Alfonso XII, donde las respectivas dotaciones le tributaron los honores correspondientes.

En esta visita el rey vestía el uniforme de capitán general de la Armada española.

Más tarde, se dirigió de nuevo al muelle y se trasladó al cañonero *Recalde* y al *Juan Sebastián de Elcano*, permaneciendo gran rato en este último, comentando animadamente la travesía efectuada.

La revista *Vida Marítima* de la que se ha extraído esta información, despojándola en lo posible de la ampulosidad de estilo, aunque respetando el sentido literal de la noticia, «se congratula sinceramente de la gallarda iniciativa de nuestro Rey, que al convivir en el *Elcano* con la bizarra oficialidad de nuestra Marina de guerra y con sus abnegada tripulación, demuestra el profundo interés que le inspiran los asuntos marítimos y el afecto que siente por nuestras instituciones navales militares.

Enero, 1928»